

# EL CRISTIANO: UN DEUDOR

## Volumen 1 – Sermón No. 96

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 10 DE AGOSTO DE 1856  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EXETER HALL, STRAND.**

***“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne”.***  
***Romanos 8:12***

Observe el título por el cual se dirigió a la Iglesia: "Hermanos". Fue el Evangelio el que le enseñó a Pablo cómo decir hermano. Si no hubiera sido cristiano, su dignidad judía nunca hubiera condescendido a llamar a un "hermano" romano, por un judío se burló del gentil, y lo llamó "perro". Pero ahora en el seno de este "hebreo de los hebreos", existe el santo reconocimiento de la fraternidad cristiana sin reservas ni hipocresía. El Evangelio suavizó el pecho de Pablo y lo hizo olvidar todas las animosidades nacionales. De lo contrario, una de las razas pisoteadas no habría llamado a su opresor, "hermano". El romano tenía su pie de hierro sobre el judío, pero Pablo se dirige a aquellos que subyugaron a su raza "Hermanos". Repetimos, por tercera vez, fue El Evangelio que implantó en el alma de Pablo el sentimiento de hermandad, y eliminó todo muro de partición que lo separaba de cualquiera de los elegidos del Señor. "Entonces", dijo, "ya no somos extraños y extranjeros, sino conciudadanos con los santos y la familia de Dios".

Proclamó la doctrina de la "una sangre" y se glorió en el hecho de "una familia" en Cristo. Sintió dentro de él afinidades con toda la raza comprada de sangre y los amó a todos. No había visto a muchos de aquellos a quienes se dirigió; sin embargo, en el Espíritu los conocía como participantes de una gloriosa y bendita esperanza. Y, por lo tanto, los llamó "Hermanos". Mis amigos, hay un poder cementante en la gracia de Dios que apenas se puede sobreestimar. Restablece los huesos dislocados de la sociedad, une los lazos de amistad y suelda el metal roto de la virilidad en una sola masa unida.

Hace que todos los hermanos que sienten su poder. La gracia une a la humanidad en una hermandad común. La gracia hace que el gran hombre le dé la mano al pobre y confiese una relación celestial. La gracia obliga al intelectual, al sabio, al educado, a rebajarse de su dignidad para apoderarse de los ignorantes e iletrados y llamarlos amigos. La gracia teje los hilos de nuestras individualidades separadas en una unidad indivisa.

Permita que el Evangelio se sienta realmente en la mente y que causará estragos en el egoísmo, derribará a los orgullosos de su elevada soledad y restaurará a los oprimidos a los derechos de nuestra virilidad común. Solo necesitamos que se predique a fondo el Evangelio para lograr "libertad, igualdad y fraternidad", en el sentido más elevado y mejor de estas palabras.

No la "libertad, igualdad y fraternidad" que busca el demócrata, que con frecuencia es otro nombre para su propia superioridad, sino lo que es verdadero y real, lo que nos hará libres a todos en el Espíritu, nos hará a todos iguales en la Persona de Cristo Jesús y darnos a todos esta fraternidad de Hermanos, viendo que todos somos uno con nuestro Señor en el vínculo común de la relación del Evangelio. Deje que las Verdades del cristianismo hagan su trabajo perfecto, y el orgullo, la amargura, la ira, la envidia y la malicia deben ver sus tumbas. Esto y solo esto, puede restaurar la paz de las familias divididas y unir a los familiares en disputa. Solo dejemos que se predique el Evangelio y habrá un fin de la guerra, que impregne completamente todos los rangos de la sociedad y sature la mente de las naciones, y no habrá más levantamiento de las lanzas. Se utilizarán para podar ganchos. No bañar las espadas en sangre, ya que se convertirán en los pacíficos arados del suelo. Entonces no tendremos anfitriones que encuentren anfitriones. No habrá millones asesinados para que las viudas lamenten, pero cada hombre se encontrará con todos los demás y lo llamará "Hermano".

Y los hombres de cada familia y de cada tribu, verán en la cara de cada hombre un pariente aliado a ellos por lazos de sangre. Estoy seguro de que siento la fuerza de esta palabra, "Hermano", con respecto a muchos de ustedes. Si son partícipes de esa gloriosa esperanza, si son creyentes de nuestro glorioso Redentor, si han depositado su confianza bajo la sombra de Sus alas, mi mano y mi corazón con ella, existe esa palabra "Hermano" para ustedes. Y así, dirigiéndome a ustedes que aman al Señor bajo ese título, llego de inmediato al texto: "Hermanos, somos deudores". Todos tenemos obligaciones. Consideremos el hecho de la siguiente manera: Primero, ¿cómo debemos entender esto? Y, en segundo lugar, ¿cómo debería afectarnos?

1. ¿cómo debemos entender esto, hermanos, que somos deudores? Podemos entenderlo en mil sentidos, porque de hecho somos deudores. Los hermanos, nosotros que conocemos y amamos al Señor, somos deudores, no para un acreedor sino para muchos. Somos deudores del pasado. Creo que veo a los padres en sus lámparas de medianoche, a los antiguos santos en sus muy frecuentados armarios, a los tres valientes predicadores en sus púlpitos que denuncian el error y a los pastores fieles que reprenden mal. A los que nos han precedido les debemos la pureza de la Iglesia y a ellos somos deudores. Creo que veo a los mártires y confesores levantarse de sus tumbas. Me marco las manos aún manchadas de sangre y sus cuerpos marcados por las heridas de la persecución.

¡Me dicen que en el pasado mantuvieron la Verdad y la predicaron en medio del fuego y la espada, que llevaron la muerte en defensa de la causa de Dios para que pudieran transmitir Su santa Palabra inviolable! Los miro y veo entre sus gloriosas filas algunos cuyos nombres se celebran en todas las tierras cristianas como los audaces "leones de Dios", los pilares inamovibles de la Verdad. Veo hombres para quienes el mundo no era digno, cuya alabanza está en todas las Iglesias y que ahora están más cerca del trono eterno. Y cuando los miro a ellos y a mí, me vuelvo hacia ustedes y les digo: "Hermanos, somos deudores". Somos deudores de cada estaca en Smithfield. Somos deudores de las cenizas sagradas de los miles que han seguido a Jesús hasta la muerte. Somos deudores de los cuerpos sin cabeza de aquellos que fueron decapitados por Cristo Jesús. Somos deudores de las cenizas sagradas de los miles que han seguido a Jesús hasta la muerte. Somos deudores de los cuerpos sin cabeza de aquellos que fueron decapitados por Cristo Jesús.

Somos deudores de aquellos que desafiaron a los leones en el anfiteatro y lucharon con bestias salvajes en Éfeso. Somos deudores de los miles masacrados a manos de la sangrienta Iglesia de Roma, y las miríadas asesinadas de sus predecesores paganos. Somos deudores para todos ellos. Recuerda el día sangriento de San Bartolomé, los valles del Piamonte y las montañas de Suiza. Que los montículos sagrados de los sepulcros de nuestros padres nos hablen. ¿No es esta Biblia abierta y leída por todos nosotros el don de su fidelidad abnegada? ¿No es el aire libre que respiramos la compra de su muerte? ¿No lograron ellos, con amargo sufrimiento, nuestra libertad para nosotros? ¿Y no somos deudores a ellos? ¿No deberíamos, en algún grado, pagar la inmensa deuda de nuestra obligación al tratar de hacer que el futuro también nos sea deudores, para que nuestros descendientes puedan mirar hacia atrás y reconocer que nos deben gracias por preservar las Escrituras, por mantener la libertad, por glorificarnos? ¿Dios? Hermanos, somos deudores del pasado.

Y estoy bastante seguro de que somos deudores del presente. Dondequiera que vayamos, reunimos nuevas pruebas de la observación común, de que estamos viviendo en una época muy maravillosa. Es una verdad que se repite con frecuencia y una que, tal vez, casi ha perdido su significado de ser tan repetida, que esta es la verdadera crisis. El mundo siempre ha estado en crisis, pero esto nos parece peculiar. Tenemos a nuestro alrededor aparatos para hacer el bien, como los hombres nunca antes poseídos. Contemplamos a nuestro alrededor maquinaria para hacer el mal, como nunca estuvo en el trabajo, incluso en los peores días de la tierra. Los hombres buenos están trabajando, al menos con el celo habitual, y los hombres malos ejercen vigorosamente su oficio del mal. La infidelidad, el papado y cualquier otra fase del anticristo ahora están tensando todos los nervios. El tira y afloja está ahora con nosotros. Mira a tu alrededor y aprende tu deber. El trabajo aún no está hecho, el momento de doblar las manos aún no ha llegado. Nuestras espadas aún no deben ver sus vainas, porque el enemigo aún no ha sido asesinado.

Vemos, en muchos países, las dinastías y tiranías más orgullosas que siguen aplastando, con su peso de montaña, cada movimiento libre de las conciencias y los corazones de los hombres. Vemos, por otro lado, el heroísmo más verdadero para la derecha, y la mayor devoción a la Verdad en los corazones que Dios ha tocado. Tenemos un trabajo que hacer, tan bueno como nuestros antepasados y, quizás, mucho más grande. Los enemigos de la Verdad son más numerosos y sutiles que nunca, y las necesidades de la Iglesia son mayores que en cualquier momento anterior. Si no somos deudores del presente, entonces los hombres nunca fueron deudores de su edad y su tiempo. Hermanos, somos deudores de la hora en que vivimos. Oh, que podamos sellarlo con la Verdad, y que Dios pueda ayudarnos a imprimir en sus alas alguna prueba de que no ha pasado desapercibido y desatendido.

Y, hermanos, somos deudores del futuro. Si nosotros, los hijos de Dios, no somos valientes para la Verdad ahora, si no mantenemos el gran estándar de la Verdad omnipotente de Dios, seremos traidores a nuestro Señor. ¿Quién puede decir las terribles consecuencias para las generaciones futuras si ahora traicionamos nuestra confianza? Si sufrimos que la ortodoxia fracase o que la Verdad de Dios sea deshonrada, las generaciones futuras despreciarán y execrarán nuestro nombre. Si ahora sufrimos que la buena vasija de la Verdad del Evangelio sea arrastrada por vientos adversos sobre la roca, si no vigilamos bien su timón y no lloramos bien a su gran Maestro para que pueda ser llevada a un final próspero, seguramente aquellos para tener éxito, nos mirará con desprecio y dirá: "Qué vergüenza para los hombres que tuvieron una misión tan grande y gloriosa y la descuidaron. Nos entregaron un Evangelio confuso y una Iglesia impura".

Levántate, guerreros de la Verdad, defiéndete con firmeza porque eres deudor del futuro, así como eres deudor del pasado. Siembra bien, porque otros deben cosechar. Ustedes son fuentes para las generaciones venideras. O, ten cuidado de que tus transmisiones sean puras. Que el Espíritu de Dios le permita vivir para que pueda legar su ejemplo como legado para el futuro.

Y como somos deudores de todos los tiempos, también somos deudores de todas las clases. Pero hay algunos que siempre reciben un buen pago por lo que hacen y, por lo tanto, no los mencionaré, ya que no soy consciente de que sus reclamos necesitan mi defensa. Podemos estar notablemente en deuda con los miembros del parlamento, pero por lo poco que hacen, son bastante bien recompensados. Al menos, consideramos que el lugar es más un honor para algunos de ellos que para ellos. Puede ser cierto que le debemos mucho a los rangos más altos de la sociedad. Posiblemente, de alguna manera misteriosa, estemos muy obligados con los personajes sagrados que son señores y obispos, pero no es necesario que defiendan sus reclamos, ya que no tengo dudas de que se cuidarán bien.

En cualquier caso, por lo general lo han hecho, y no se han dejado despojar de gran parte de sus merecimientos. (¿Quién desearía que lo hicieran? Pero es posible pagar demasiado caro, especialmente cuando se puede seguir tan bien sin ellos como con ellos).

No me referiré a ninguna clase de sociedad y diré que somos deudores, excepto uno y que son los pobres. Hermanos míos, somos deudores de los pobres. "¿Qué?" Dice alguien, "¿Yo, deudor de los pobres?" Sí, mi Señora, usted es deudor del hombre más pobre que jamás haya pisado la tierra. El mendigo que tiembla en sus harapos puede deberle algo, si le da limosna, pero le debe algo más. La caridad para los pobres es una deuda. No tenemos libertad para dar o rechazar. Dios requiere que recordemos a los pobres y su pobreza es un reclamo sobre nuestra generosidad. Pero en el caso de los pobres creyentes, su reclamo sobre nosotros es mucho más vinculante y le ruego que no lo descuide.

¡Oh, cuánto les debemos! Cuando pienso cómo los pobres trabajan día tras día, y apenas reciben lo suficiente para mantener sus almas dentro de sus cuerpos. Cuando pienso con qué frecuencia sirven a su Iglesia, sin honor y sin recompensa. Conozco a algunos de ellos que realizan los actos de servicio más difíciles para nuestro cristianismo común, y aun así pasan desapercibidos y despreciados. Cuando recuerdo cuántos de ellos trabajan duro en la Escuela Sabática, sin emolumento ni recompensa. Cuando considero cuántas de las clases bajas son tan orantes, tan cuidadosas, tan honestas, tan rectas, tan devotas, tan espirituales como las demás, y con frecuencia más, no puedo dejar de decir que somos deudores de todos los pobres de Dios en un Muy gran grado.

Poco sabemos cuántas bendiciones nos trae la oración del pobre hombre. Le suplico, entonces, Amado, donde quiera que vea a un pobre santo, donde sea que vea a un cristiano anciano, recuerde que no puede estar tan endeudado con usted como usted con él. Porque tienes mucho y él tiene muy poco, y no puede endeudarse por lo que no tiene. Muchos de ustedes no sentirán la fuerza de las razones cristianas. Permíteme recordarte que incluso tú estás obligado con los trabajadores pobres. El rico atesora la riqueza, el pobre la hace. Los grandes hombres reciben la bendición, pero los pobres la traen del cielo.

Algunos hombres son las cisternas que sostienen la lluvia de Dios, otros son los que rezan la lluvia del cielo, como el mismo Elías, y muchos de estos se encuentran en los rangos más bajos de la sociedad. "Hermanos, somos deudores". Lo que tengo no es mío, sino de Dios. Y si es de Dios, entonces pertenece a los pobres de Dios. Lo que el hombre más rico tiene no es suyo, sino de Dios. Y si es de Dios, entonces es de Cristo y si es de Cristo, entonces de sus hijos. Y los hijos de Cristo son a menudo los que tienen hambre, sed, indigencia, aflicción y tormento. Cuídense, entonces, de esa clase, hermanos, porque somos deudores de ellos.

Pero si bien he mencionado algunas de las diferentes clases a las que somos deudores, todavía no he llegado al punto en el que deseo presionar su atención. Hermanos, somos deudores de nuestro Dios del Pacto. Ese es el punto que se traga todo. No le debo nada al pasado, no le debo nada al futuro, no les debo nada a los ricos ni a los pobres, en comparación con lo que le debo a mi Dios. Estoy principalmente en deuda con ellos porque le debo mucho a mi Dios. Ahora, cristiano, considera cómo eres un deudor de tu Dios. Recuerde que no es deudor de Dios en un sentido legal, como lo fue en Adán. Ya no eres un deudor de la justicia de Dios como lo eras antes. Todos nacimos criaturas de Dios y, como tales, somos deudores de Él, para obedecerle con todo nuestro cuerpo, alma y fuerza. Cuando hemos quebrantado sus mandamientos, como todos lo hemos hecho, somos deudores de su justicia y le debemos una gran cantidad de castigos que no podemos pagar.

Pero del cristiano se puede decir que no le debe a la justicia de Dios una moneda solitaria, porque Cristo ha pagado la deuda que su pueblo tenía. Soy un deudor del amor de Dios, soy un deudor de la gracia de Dios, soy un deudor del poder de Dios, soy un deudor de la misericordia perdonadora de Dios, pero no soy deudor de su justicia, porque él mismo nunca me acusará de una deuda pagada. Se dijo: "¡Está terminado!" Y con eso se quiso decir que todo lo que Su pueblo debía, se borraba para siempre del libro de recuerdos. Cristo, hasta lo sumo, ha satisfecho la Justicia Divina. La deuda se paga, la escritura a mano se clava en la Cruz, se entrega el recibo y ya no somos deudores de la Justicia de Dios.

Pero entonces, como no somos deudores de Dios en ese sentido, nos convertimos en diez veces más deudores de Dios de lo que deberíamos haber sido de otra manera. Debido a que Él ha remitido toda nuestra deuda de pecado, estamos más endeudados con Él en otro sentido. ¡Oh, cristiano, detente y reflexiona por un momento! ¡Qué deudor eres de la Divina Soberanía! No eres como algunos que dicen que te elegiste a ti mismo para ser salvo, crees que Dios podría haberte destruido, si Él hubiera querido, y que es completamente de Su propio placer que te hagas uno de los Suyos, mientras que otros sufren hasta perecer.

¡Considera, entonces, cuánto le debes a Su Soberanía! Si lo hubiera querido, hubieras estado entre los condenados. Si Él no hubiera querido tu salvación, todo lo que podrías hacer hubiera sido completamente impotente para librarte de la perdición.

¡Recuerda cuánto le debes a Su amor desinteresado que arrancó a Su propio Hijo de Su seno para que Él pudiera morir por ti! Deja que la cruz y el sudor sangriento te recuerden tu obligación. Considera cuánto le debes a Su gracia perdonadora, que después de diez mil afrentas, Él te ama tan infinitamente como siempre. Y después de una miríada de pecados, Su Espíritu aún reside dentro de ti. Considera lo que le debes a su poder, cómo te ha resucitado de tu muerte en pecado. ¡Cómo ha preservado tu vida espiritual, cómo te ha impedido caer y cómo, a pesar de que miles de enemigos han asediado tu camino, has podido seguir tu camino!

Considera lo que debes a su inmutabilidad. Aunque has cambiado mil veces, Él no ha cambiado ni una vez. Aunque has cambiado tus intenciones y tu voluntad, no se ha desviado de su propósito eterno, sino que te ha mantenido firme. Considere que está tan endeudado como puede estar con cada atributo de Dios. A Dios te debes a ti mismo y todo lo que tienes. "Hermanos, somos deudores". No solo somos deudores de Dios a la luz de la gratitud por todas estas cosas, sino también por nuestra relación con Él. ¿No somos sus hijos y no hay una deuda que el hijo tenga con el padre, que una vida de obediencia nunca pueda eliminar? Siento que a la rodilla que me sostuvo y al seno que me dio sustento, le debo más de lo que puedo pagar. Y al que me enseñó y me guio por los caminos de la Verdad, le debo tanto que no me atrevo a hablar del tremendo peso de la obligación que se le debe.

Amados, si Dios es un Padre, ¿dónde está Su honor? Y si somos sus hijos, ¿no estamos obligados a amarlo, servirlo y obedecerlo? La filiación hacia un padre terrenal, conlleva una serie de deberes y ¿no se tendrá en cuenta al Padre Eterno? No. El verdadero hijo de Dios nunca se sonrojará al reconocer que está sujeto al Padre de los espíritus. Prefiere gloriarse en su alta conexión y con reverencia obedecer los mandamientos de su Padre Celestial. Recuerde nuevamente, somos los hermanos de Cristo y hay una deuda en la hermandad. Hermano le debe a hermano lo que no puede pagar hasta que muera. Es más de lo que algunos hombres piensan que fueron sacudidos en la misma cuna y sostenidos en la misma rodilla. Algunos no lo estiman nada.

Por desgracia, es una verdad bien conocida que si quieres ayuda debes ir a cualquier parte para buscarla, salvo en la casa de tu hermano. No entres en la casa de tu hermano el día de tu adversidad. Ve con el extraño más grande y él te ayudará. Ve con tu hermano y él te reprenderá a menudo. Pero esto no debería ser así. La hermandad tiene sus lazos de deuda y le debo a mi hermano lo que aún no le pagaré. Amados, ¿son ustedes hermanos de Cristo y creen que no le deben amor? ¿Sois hermanos y hermanas de los santos y creéis que no debéis amarlos ni servirles, ni siquiera para lavarles los pies?

¡Oh si! Estoy seguro de que deberías. Me temo que ninguno de nosotros siente lo suficiente que somos deudores de Dios. Sí, estoy seguro de que no lo hacemos. Es sorprendente la cantidad de gratitud que un hombre sentirá por ti si solo has sido el instrumento para hacerle el bien. ¡Pero qué poca gratitud siente por Dios, la primera causa de todas! Ha habido muchos ganados por la borrachera al escuchar la predicación de la Palabra de Dios, incluso debajo de mí mismo, y esas personas han estado listas para llevarme sobre sus hombros, desde muy gratitud, por alegría. Pero estaría obligado a decir que hacen una demostración mucho más débil de su agradecimiento a mi Maestro. Al menos, parecen haber perdido su primer amor hacia Él mucho antes de lo que lo hicieron con Su siervo.

Recordamos estar agradecidos a todos excepto a nuestro Dios. Nuestras pequeñas deudas que podemos pagar. Deudas de honor, como las llamamos, que no son deudas a los ojos de algunos hombres, podemos descargarlas. Pero la gran y solemne deuda que le debemos a Dios a menudo pasa desapercibida y olvidada. "Hermanos, somos deudores".

II. En segundo lugar, muy brevemente, ¿QUÉ DEBEMOS APROBAR DE ESTA DOCTRINA, que somos deudores?

Primero, creemos que deberíamos aprender una lección de humildad. Si somos deudores, nunca debemos estar orgullosos. Todo lo que podemos hacer por Dios, no es más que un reconocimiento insignificante de una obligación infinita. No, menos, incluso nuestras buenas obras son dones de su gracia y lo hacen, pero nos ponen en mayor deuda con el autor de ellas. Detente, entonces, tú que estás inflado por tus logros. Considere que ha realizado un mal desempeño, no una acción de superación, sino un deber ordinario. ¿Cuánto has hecho después de todo, joven? Pensé que te había visto el otro día luciendo increíblemente genial, porque en tal ocasión realmente habías prestado un pequeño servicio a la Iglesia de Cristo. Y te veías asombrosamente orgulloso al respecto. Joven, ¿hiciste más de lo que deberías haber hecho? "No, no lo hice", dice, "era un deudor".

Entonces, ¿quién debería estar orgulloso de haber pagado solo una parte de su deuda, cuando, después de todo, le debe mucho más de lo que vale? ¿Hay algo de lo que estar orgulloso de haber pagado un centavo de la libra? Supongo que no hay. Hagamos lo que podamos, no es más que un centavo de la libra que podremos pagar de la deuda de gratitud que le debemos a Dios. Es curioso ver cómo algunos hombres están orgullosos de ser mayores deudores que otros. Un hombre tiene diez talentos y, oh, qué orgulloso está. Y cómo menosprecia a otro que solo tiene uno. Él dice: "Ah, eres un hombre malo. Tengo diez talentos". Bueno, entonces, debes diez talentos y tu hermano solo le debe uno. ¿Por qué deberías estar orgulloso de deber más que él?

Sería un orgullo tonto, de hecho, si dos prisioneros en el Banco de la Reina se jactaran, uno diciendo: "Debo cien libras", y el otro respondiendo: "Soy un caballero más grande que tú, porque debo un mil". He oído que en el Mariscal de mar de antaño ellos tomaron rango según la grandeza de sus deudas. A menudo es así en la tierra, a veces tomamos rango según la grandeza de nuestros talentos. Pero la grandeza de nuestros talentos es solo la cantidad de nuestra deuda: cuanto más tenemos, más debemos.

Si un hombre camina por las calles pegando su factura en el pecho y proclamando con orgullo que es un deudor, diría: "Seguramente debe estar loco. Enciérrenlo". Y así, si un hombre camina por la tierra y levanta la cabeza por lo que Dios le ha dado y dice: "No debo notar al pobre, no debo estrecharle la mano al ignorante porque soy tan grande y



poderoso", puedes decir con igual razón, "Quítate esa pobre criatura, su orgullo es su locura. Póngalo en custodia segura y déjelo saber que todo lo que tiene es su deuda y que no tiene motivo de orgullo".

Por otra parte, ¡qué celosos deberíamos ser por nuestro Maestro! Aunque no podemos pagar todo, al menos podemos reconocer la deuda. Es algo de parte de un deudor si él acepta la reclamación de su acreedor. ¡Oh, cómo deberíamos buscar día a día, viviendo para Dios, reconocer la deuda que le debemos a Él! Y, si no podemos pagarle el capital, aún darle poco interés sobre el talento que nos ha prestado, y sobre esas estupendas misericordias que nos ha otorgado. Les suplico, mis queridos amigos, que lleven este pensamiento a donde sea que vayan: "Soy un deudor, debo servir a mi Dios. No se deja a mi gusto si lo haré o no. Soy un deudor y debo servirle".

Si todos creyéramos esto, ¡cuánto más fácil sería poner nuestras Iglesias en buen estado! Voy a un hermano y le digo: "Hermano, hay tal y tal oficina en la Escuela Sabática. ¿Lo tomará?" "Bueno, señor, sabe cuánto amo la causa y cuán sincero soy en hacer todo lo que puedo para servir a mi Creador, pero (ahora llega el final de todo) realmente trabajo muy duro toda la semana que no puedo darme el lujo de salir el sábado a las escuelas dominicales". Allí, como ven, ese hombre no sabe que es un deudor. Le llevo una factura mañana por la mañana y él dice: "¿Vienes a mendigar? He traído una factura. Míralo". "Oh, sí", dice, "ya veo. Aquí está el efectivo". Ahora esa es la forma de actuar, sentir y reconocer que usted es un deudor. Cuando hay algo que hacer, hazlo y di: "No me lo agradezcas, solo he hecho lo que debería haber hecho. Solo he pagado la deuda que tenía".

Entonces déjame darte solo un consejo hogareño antes de enviarte lejos. Sé justo antes de ser generoso y especialmente antes de ser generoso contigo mismo. Tenga cuidado de pagar sus deudas antes de gastar dinero en sus placeres. Se lo recomendaría a muchos cristianos. Ahora, hay algunos de ustedes aquí cargándonos esta noche y haciéndonos mucho calor. Han sido muy generosos con ustedes al venir aquí, pero no solo con sus ministros al descuidar los lugares de culto donde debieron haber ido. Se dijeron: "No tenemos dudas de que debemos estar allí, esa es nuestra deuda", sin embargo, nos gustaría satisfacer nuestra curiosidad por una vez, al escuchar a este predicador que se asegurará de decir algo extravagante que proporcionará la ocasión para una broma para las próximas dos semanas".

Ahora, ¿por qué viniste aquí antes de pagar tu deuda? Deberías haberte unido a tu propio ministro y fortalecer sus manos en la obra del Señor. Nuevamente, ¿cuántos hombres hay que digan: "Quiero tal y tal lujo. Sé que la causa de Dios me exige más de lo que yo doy, pero debo tener ese lujo. ¿Ese chelín irá a mí mismo y no a Dios"? Ahora, si tuvieras un deudor que te debía más de lo que podía pagar y lo viste salir de placer en un caballo y un

concierto mañana, dirías: "Todo es muy bueno, él tiene ese excelente caballo y concierto y baja a Greenwich, pero preferiría que me pagara el billete de diez libras que le presté el otro día. Si no puede permitirse el lujo de pagar, debe quedarse en casa hasta que pueda".

Así que con respecto a Dios. Venimos y gastamos nuestro tiempo y nuestro dinero en nuestros placeres, antes de pagar nuestras deudas justas y justas. Ahora lo que no está bien para el hombre no está bien para Dios. Si le está robando al hombre gastar el dinero en placer con lo que debemos pagar nuestras deudas. Está robando a Dios si empleamos nuestro tiempo, nuestros talentos o nuestro dinero en otra cosa que no sea su servicio, hasta que sintamos que hemos hecho nuestra parte en ese servicio. Les suplico, miembros de las iglesias, diáconos, o lo que sea que sean, pongan esto en serio. Por la causa de Dios, ustedes son deudores. No espere que se le agradezca al final por hacer mucho, porque después de todo lo que ha hecho, solo habrá cumplido con su deber.

Ahora, adiós a los que son deudores en ese sentido. Pero solo una palabra para aquellos que son deudores en el otro sentido. Pecador, tú que le debes a la Justicia de Dios, tú que nunca has sido perdonado, ¿qué harás cuando llegue el momento de pagar? Mi amigo allá, tú que has acumulado una gran cantidad de pecados negros, ¿qué harás cuando llegue ese día sin Cristo para pagar tus deudas por ti? ¿Qué harás si estás fuera de Dios y de Cristo en el último día, cuando se abra todo el rollo de tus deudas con Dios y no tengas a Cristo que te dé un alta? Te suplico: "Acuerda con tu acreedor rápidamente, mientras estás en el camino con él, no sea que él te entregue al juez y el juez te entregue al oficial para que te encarcele, en verdad te digo que no saldrás hasta que hayas pagado lo máximo". Pero si estás de acuerdo con tu Acreedor, Él por amor de Jesús, borrará todas sus deudas y lo pondrá en libertad para que nunca sea responsable de sus iniquidades.